



CAPÍTULO XXV

De D. Bermudo el Gotoso, rey de Leon.

Por la muerte de D. Ramiro la sucesion tornó y recayó en D. Bermudo, segundo deste nombre, así por derecho de consanguinidad, que era primo hermano del rey muerto, como por estar por fuerza apoderado de parte del reino. Tuvo el reino diez y siete años, fué enfermo y sujeto á la gota, por la cual causa fué llamado el Gotoso. Confirmó con nuevo edicto que publicó las leyes antiguas de los godos, y mandó que los cánones de los pontífices romanos tuviesen vigor y fuerza en los juicios y pleitos seglares, que fué una ordenacion santísima. Pero ántes de comenzar las cosas deste rey conviene tratar de Garcí Fernandez, conde de Castilla, del cual consta que al principio que tomó el gobierno, peleó con los moros cerca de Santistéban de Gormaz á la ribera del rio Duero. Murió gran número de moros; los demas se salvaron por los piés. Aconteció en aquella batalla una cosa digna de memoria. Fernan Antolinez, hombre noble y muy devoto, oia misa al tiempo que se dió señal de acometer, costumbre ordinaria suya ántes de la pelea: por no dejarla comenzada se quedó en el templo cuando se tocó al arma; esta piedad cuán agradable fuese á Dios, se entendió por un milagro. Estábase primero en la iglesia, despues escondido en su casa temia no le afrentasen como á co-

barde. En tanto otro á él semejante, es á saber, su ángel bueno, peleaba entre los primeros tan valientemente, que la victoria de aquella se atribuyó en gran parte al valor del dicho Antolinez. Confirmaron el milagro las señales de los golpes y las manchas de la sangre que se hallaron frescas en sus armas y caballo; así publicado el caso, y sabido lo que pasaba, quedó más conocida la inocencia y esfuerzo de Antolinez.

El conde Garcí Fernandez, despues desta guerra y jornada, se dice casó con dos mujeres: la una se llamó Argentina, de cuya apos-tura se enamoró al tiempo que su padre, hombre noble y frances de nacion, la traia en romería juntamente con su madre á Santiago. Seis años despues, estando el conde su marido enfermo en la cama, ó por aborrecimiento que le tenia, ó con deseo de la patria, se volvió á Francia con cierto frances que tornaba de la misma romería: así lo dicen nuestras historias. El conde, recobrada la salud, y dejando en el gobierno de su estado á Egidio y á Fernando, hombres principales, en traje disfrazado se fué á aquella parte de Francia donde entendia que Argentina moraba.

Tenia Argentina una antenada llamada Sancha, que como suele acontecer, estaba mal con

su madrastra. Ésta, con esperanza que le dieron de casar con el conde, ó por liviandad, como mujer, le dió entrada en la casa. Mató el conde en la cama á Argentina y al adúltero, y con tanto llevó á la dicha Sancha consigo á España; hiciéronse las bodas de los dos con grande aparato y regocijó en Búrgos. Muchos tienen todo esto por falso, y afirman que la mujer deste conde se llamó Oña, movidos por el monasterio de San Salvador de Oña, que dicen el conde Garcí Fernandez edificó en Castilla del nombre de su mujer: otros afirman que se llamó Abba, como lo muestran los letreros antiguos de los sepulcros destes condes que hay en Arlanza y en Cardeña; la verdad ¿quién la averiguará? Más podemos, sin duda, maravillarnos de tanta variedad, que determinar lo que se debe seguir.

No tiene mejor fundamento lo que se dice, que en una entrada que hicieron los moros en el tiempo que el conde se ausentó, llegaron hasta Búrgos y destruyeron el monasterio de San Pedro de Cardeña, con muerte de los monjes; otros dicen que esto sucedió cien años ántes deste tiempo, si por ventura no se padeció este daño dos veces. En la Rioja, y en un pueblo llamado Bosca, Nunilon y Alodia, hermanas, fueron muertas por la fe. Sus cuerpos, dicen algunos que fueron llevados á Boloña, ciudad de Lombardia; otros lo contradicen, como queda arriba dicho. Demas desto, Víctor, natural del lugar de Cereso, tierra de Búrgos, y Eurosia, virgen, padecieron por la misma causa. El cuerpo de Eurosia está en la ciudad de Jaca; el sepulcro de San Víctor, en el lugar de Villorado es honrado con fiesta que cada año le hacen. Los bárbaros, en este tiempo, no sólo con los hombres parecia que traian guerra, sino que peleaban asimismo con el cielo y con la santidad cristiana. No faltaron hombres y mujeres de ánimos excelentes y grandes que se ofreciesen á la pelea por la religion de sus padres, y con su sangre diesen excelente testimonio de la verdad de la fe de Cristo. Dios, asimismo, á veces castigaba severísimamente la crueldad y arrogancia de aquella gente fiera; ordinariamente, con la impiedad se acompañaba la severidad en la venganza para espan-

tar á los malos y animar á los buenos, como por el mismo tiempo aconteció á Alcorreji, rey de Sevilla. En tiempo del rey D. Bermudo con una entrada que hizo por la parte de Lusitania en Galicia, forzó y destruyó la ciudad de Compostella, que es la más principal de aquella tierra, venerable por la santidad del lugar y su devocion. Este impío atrevimiento fué luego castigado por Dios, porque una peste repentinamente se levantó y extendió por los moros, de manera tal, que consumió todo el ejército; muy pocos volvieron salvos á sus tierras para ser pregoneros de la divina venganza y verdaderos testigos del estrago miserable.

Pasado este peligro, hobo en España nuevos trabajos, tanto, que ningunos mayores despues que ella comenzó á volver en sí. La causa destes males fué la discordia obstinada de los dos príncipes, D. Bermudo y el conde don García, que fuera más justo se acordáran en ayudar á la república. Gobernaba en Córdoba las cosas de los moros á su voluntad, en nombre del rey Hissem, el Alhagib Mahomad, capitán de gran nombre, de singular prudencia en guerra y en paz. Tenia este moro gran deseo de destruir los cristianos: llevaba muy mal que su imperio en España se dilatase, y que se envejeciesen las fuerzas de los moros, y su nacion se menoscabase, su crédito y sus fuerzas. Ponia leña al fuego, y atizábale D. Vela, aquel de quien se dijo que en tiempo del conde Fernan Gonzalez, se huyó á tierra de moros. No tenia algun respeto á la religion de sus padres, por deseo de su provecho particular y de vengarse. Juntadas, pues, las gentes de los moros, con un escuadron de cristianos que acompañaban á D. Vela, acometió las tierras de cristianos, y pasado el rio Duero, que por largo tiempo fué frontera entre las dos naciones (de que se dijo aquella parte Extremadura, apellido que adelante se trasladó y trasfirió á otra comarca, si bien está léjos del rio Duero, del cual al principio se forjó el nombre de Extremadura), asentó sus reales á la ribera del rio Astura ó Estola, que pasa por Leon.

El rey D. Bermudo, dado que en fuerzas era más flaco, juntado arrebatadamente su ejército, acometió de sobresalto á los enemigos



que estaban sin centinelas, y de ninguna cosa ménos cuidaban que de la venida de los nuestros, que entraron los reales enemigos. La pelea fué sin orden ni concierto, á manera de rebato: muchos por estar sin armas fueron muertos; los demas moros, como acaso cada uno se juntaba, peleaban, ó delante de los reales, ó entre el mismo bagaje: unos huían, otros tomaban las armas, gran parte fueron heridos y muertos. En este estado, y en este peligro, el capitán moro reparó el daño con su prudencia: recogió los que pudo, púsolos en otra parte en ordenanza, y con ellos cargó contra los cristianos, que no fueron bastantes á resistir en aquel trance, por ser pocos en número, estar desparcidos por todos los reales, y cansados con el largo trabajo de la pelea. Finalmente, en un instante se trocó la fortuna de la batalla: los que parecia haber vencido, se pusieron en huida: siguiéronlos los bárbaros, y ejecutaron el alcance, de guisa que pocos de los nuestros sanos, gran parte mal heridos, volvieron á Leon. Fuera aquella ciudad tomada por los enemigos, si no les forzara el invierno y el trabajo del frio y de las lluvias á partirse del cerco, con gran honra que ganaron en esta jornada, y cargados de despojos y presa, determinados, otrosí, de volver á la guerra luégo que el tiempo abriese y le diese lugar.

El rey D. Bermudo, por el peligro que amenazaba, y por la poca fortaleza de la ciudad, hizo trasladar á Oviedo las reliquias de los santos y los cuerpos de los reyes que allí yacían, porque no fuesen escarnecidos de los enemigos si la tomaban. El mismo se fué á aquella ciudad: el cuidado de fortificar y defender á Leon dejó encargado al conde Guillen Gonzalez. Concurrió esta batalla de Astúrias con el año novecientos ochenta y cuatro, en el cual Miron, obispo de Girona, hijo de Miron, conde de Barcelona, falleció. Demas desto, un grueso ejército de moros que andaba por aquella comarca (tan grande era el coraje que tenían) vencieron en batalla cerca del castillo de Mondaca á Borello, primo del obispo Miron: más de quinientos de los fieles perecieron, los demas con el conde Borello se retiraron huyendo á Barcelona.

El año siguiente de novecientos ochenta y cinco fué señalado por el desastre que avino á dos principales ciudades, Leon y Barcelona. Á Barcelona sitiaron los moros primero dia de Julio, que fué miércoles, indiccion tercera, aquellos mismos que en batalla vencieron á Borello: tomáronla á seis de aquel mes, muchos de los ciudadanos fueron llevados á Córdoba por esclavos; mas en breve la ciudad volvió al señorío de los cristianos. Salióse Borello ántes que la tomasen para juntar gente de socorro: levantó gentes en Manresa y en los lugares comarcanos, con que formó un buen ejército y con él recobró la ciudad. Murió el buen conde Borello ocho años adelante: dejó, de dos mujeres llamadas Ledgardi y Aymerudi dos hijos, que fueron Raimundo y Armengaud; el mayor quedó con el principado de Barcelona, á Armengaud nombró y hizo por su testamento conde de Urgel, y fué principio de la familia nobilísima en Cataluña de los Armengaudos ó Armengoles, que el tiempo adelante dió muchos y excelentes capitanes para la guerra.

Por otra parte, el Alhagib Mahomad, juntado que hobo un grueso ejército de nuevo, hecho más insolente y feroz por lo que sucedió en la guerra pasada, volvió sobre Leon con voluntad determinada de tomarla. Casi un año estuvo aquella ciudad cercada: batían ordinariamente los muros con las máquinas y ingenios; hicieron entradas por la parte del Poniente y Mediodía. De cuánto momento sea el esfuerzo de un valeroso caudillo, se echó bien de ver por lo que el conde Guillen Gonzalez, que era el capitán, hizo. Por el continuo trabajo de tantos meses, quebrantadas las fuerzas, yacía en su lecho enfermo: avisáronle del peligro en que en cierto aprieto se hallaban: hizose llevar en una silla á aquella parte del muro, donde era mayor el trabajo y el combate más recio: amonesta á los suyos que resistan con grande ánimo, que lugar de huir no quedaba ni áun para los cobardes; por tanto, con las armas defendiesen las vidas, patria, religion, libertad, mujeres y hijos; que de otra suerte ninguna esperanza les restaba por estar los enemigos irritados con tan largo trabajo, y ellos



sin acogida ninguna: muchas veces gran muchedumbre de moros en batalla quedaron vencidos por pocos cristianos, llamasen el ayuda de los santos que á su tiempo sin duda no faltaria.

Con estas palabras animados los soldados, tres dias impidieron la entrada á los enemigos: éstos pasados, como el capitán viese entrada la ciudad, y que él con pocos no podia resistir, no olvidado de su esfuerzo pasado y de lo que debía á buen cristiano, se metió en lo más recio de la pelea y murió con las armas en la mano. Los bárbaros, irritados por la muerte de los suyos y largura de aquel cerco, sin tener en cuenta ni hacer diferencia entre hombres, niños y mujeres, todos los pasaron á cuchillo; la ciudad fué saqueada, abatidas las murallas, y todas las fortificaciones y baluartes echados por tierra. El mismo desastre padecieron Astorga, Valencia del Campo, el monasterio de Sahagun, Gordon, Alba, Luna y otros lugares y aldeas, que fueron unos quemados y destruidos, parte tomados por fuerza y saqueados. Revolvieron contra Castilla, y en ella asimismo tomaron, quemaron y saquearon á Osma, Berlanga, Atienza; no se podia resistir en parte alguna; sin embargo, era tan grande el furor y locura que se apoderara de los ánimos de los cristianos, que sin respeto de tan gran guerra como tenían de fuera, vueltas contra sí las armas, como locos y sandios no miraban el peligro que todo corría por causa de sus desgustos y diferencias.

Fué así que luégo el siguiente año siete nobilísimos hermanos, que vulgarmente llaman los infantes de Lara, fueron muertos por alevosía de Ruy Velazquez, su tío, sin tener cuenta con el parentesco; que eran hijos de su hermana doña Sancha, y de parte de padre venían de los condes de Castilla y del conde D. Diego Porcellos, de cuya hija, como de suso queda dicho, y de Nuño Belchides nacieron Nuño Rasura, bisabuelo del conde Garci Fernandez, y otro hijo llamado Gustio Gonzalez. Este caballero fué padre de Gonzalo Gustio, señor de Salas de Lara, y sus hijos estos siete hermanos, conocidos en la historia de España no más por la fama de sus proezas que por la desastrada muerte que tuvieron. En un

mismo dia los armó caballeros el conde D. Garcia, conforme á la costumbre en aquellos tiempos recibida, en particular en España. Aconteció que Ruy Velazquez, señor de Villaren, celebraba sus bodas en Búrgos con doña Lambra, natural de tierra de Briviesca, mujer principal y áun prima carnal del conde Garci Fernandez. Las fiestas fueron grandes y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse presentes el conde Garci Fernandez y los siete hermanos, con su padre Gonzalo Gustio: encendióse una cuestión por pequeña ocasion entre Gonzalo, el menor de los siete hermanos, y un pariente de doña Lambra, que se decia Alvar Sanchez, sin que sucediese algun daño notable, salvo que Lambra, como la que se tenía por agraviada con aquella riña, para vengar su saña en el lugar de Barbadillo, hasta donde los hermanos por honrilla la acompañaron, mandó á un esclavo que tirase á Gonzalo un cohombro mojado ó lleno de sangre; grave injuria y ultraje, conforme á la costumbre de España. El esclavo se quiso valer de su señora doña Lambra: no le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida.

Ruy Velazquez, que á la sazón se hallaba ausente ocupado en cosas de importancia, luégo que volvió, alterado por aquella injuria y agraviado por la afrenta de su mujer, comenzó á tratar de vengarse de los hermanos. Parecióle conveniente con muestra de paz y benevolencia (cosa la más perjudicial) armar sus lazos á los que pretendía matar. Primeramente dió orden que Gonzalo Gustio fuese á Córdoba: la voz era para cobrar ciertos dineros que el rey bárbaro habia prometido, la verdad para que fuese muerto léjos de su patria, como Ruy Velazquez rogaba al rey que hiciese, con cartas que le escribió en esta razon en arábigo. El moro, ó por compasion que tuvo á las canas de hombre tan principal, ó por dar muestra de su benignidad, no le quiso matar: contentóse con ponerle en la cárcel. Era la prision algo libre, con que cierta hermana del rey tuvo entrada para comunicalle. Desta conversacion dicen que nació Mudarra Gonzalez, principio y fundador del linaje nobilísimo en España de los Manriques.



No se contentó el feroz ánimo de Ruy Velazquez con el trabajo de Gonzalo Gustio: llevó adelante su rabia. Cerca de Almenara, en los campos de Araviana á las faldas de Moncayo, metió con muestra de hacer entrada en la tierra de los moros en una celada á los siete hermanos, bien descuidados de semejante traición. Bien que Nuño Salido, su ayo, por sospechar el engaño, procuró apartarlos para que no corriesen á su perdición; pero fué en vano, porque así lo quiso ó lo permitió Dios. Iban con ellos doscientos de á caballo, pocos para el gran número de los moros que cargaron. Descubierta la celada, los siete hermanos pelearon como buenos, dieron la muerte á muchos, pretendían vencer si pudiesen, ó por lo ménos vender sus vidas muy caro y dejar á los enemigos la victoria á costa de mucha sangre, resueltos de no dejarse prender, ni afean con el cautiverio la gloria y nobleza de su linaje y sus hazañas pasadas. Murieron todos siete, y juntamente Salido, su ayo. Las cabezas enviaron á Córdoba en presente agradable para aquel rey, pero muy triste para su padre viejo, ca se las hicieron mirar y reconocer, sin embargo que llegaron podridas y desfiguradas. Verdad es que sucedió en provecho suyo en alguna manera, ca el rey, por compasión que le tuvo, le dejó ir libre á su tierra.

Mudarra, habido en la hermana del rey, fuera de matrimonio, ya que era de catorce años, por persuasión de su madre se fué para su padre, y adelante vengó las muertes de sus hermanos con dalla á Ruy Velazquez, causa de aquel daño. Doña Lambra, su mujer, ocasion de todos estos males, fué apedreada y quemada. Con esta venganza que tomó de las muertes de sus hermanos, ganó las voluntades de su madrastra doña Sancha y de todo su linaje de tal guisa, que heredó el señorío de su padre. Prohijóle otrosí doña Sancha su madrastra: la adopción se hizo en esta manera, aunque grosera, pero memorable. El mismo día que se bautizó y fué armado caballero por el conde de Castilla Garci-Fernandez, su madrastra, resuelta de tomalle por hijo, usó desta ceremonia: metióle por la manga de una muy ancha camisa, y sacóle la cabeza por el cabezon; dióle

paz en el rostro, con que le pasó á su familia y recibió por su hijo. Desta costumbre salió el refran vulgar: Entra por la manga y sale por el cabezon: dicese del que siendo recibido á trato familiar, cada día se ensancha más.

Hijo de Mudarra fué Ordoño, y nieto Diego Ordoñez de Lara, aquel con quien los hijos de Arias Gonzalo, para librar á su patria de la infamia de traición que le cargaban por la muerte del rey D. Sancho, que le mató con un venablo Vellido Dolpho, pelearon en desafío y hicieron con él campo. Deste Diego Ordoñez fué hijo el conde D. Pedro, conocido por los amores y afición que la reina doña Urraca le mostró. Su nieto fué Amalarico de Lara, señor de Molina, de quien procedió el linaje de los Manriques, y aun de los reyes de Portugal de parte de madre, por haber casado Malfada, hija de Amalarico, con D. Alonso primero deste nombre, y primer rey de Portugal, si bien hay quien diga que Malfada fué de la casa de Saboya; pero destas cosas se tornará á hablar adelante. En el claustro del monasterio de San Pedro de Arlanza se muestra el sepulcro de Mudarra. Sobre el lugar en que los siete hermanos fueron sepultados, hay contienda entre los monjes de aquel monasterio y de San Millan de la Cogulla: ¿qué juez los podrá poner en paz?

Estaba sosegada España cansada de tantos males, y más faltaban fuerzas que voluntad de alterarse. Duró este sosiego hasta tanto que el sétimo año despues que fueron muertos los infantes de Lara, que fué el año novecientos noventa y tres de nuestra salvación, los moros, tomadas de nuevo las armas, destruyeron las tierras de la Lusitania; y por aquella comarca, entrados en Galicia, tomaron de nuevo por fuerza y pusieron fuego á la ciudad de Compostella. Grande era la enemiga que tenían con aquel santo lugar. No perdonára aquella malvada gente el sepulcro del apóstol Santiago, si un resplandor que de repente fué visto no reprimiera por voluntad de Dios sus dañados intentos. Verdad es que las campanas, para que fuesen como trofeo y memoria de aquella victoria, fueron en hombros de cristianos llevadas á Córdoba, do por largo tiempo sirvieron de



lámparas en la mezquita mayor de los moros. Siguióse luego la divina venganza: muchos perecieron, parte con enfermedad de cámaras, parte con peste que les sobrevino, parte tambien porque el rey D. Bermudo, tomadas las armas, les iba picando por las espaldas, y en todas partes los trabajaba: los daños fueron de suerte que pocos volvieron salvos á su tierra. El capitán de toda esta jornada, Mahomad Alhagib, que tantas veces libremente acometió las tierras de los cristianos, fué uno de los que escaparon.

El mismo año falleció el rey de Navarra don Garcia. Sucedió en su lugar su hijo Garci Sanchez, llamado el Trémulo, como y por la causa que arriba queda tocado. Reinó por espacio de siete años, muy esclarecido por las victorias que ganó en las guerras; fué liberal, ó por mejor decir, pródigo en dar, en que si no hay templanza, suele acarrear daño, por agotar la fuente de la misma liberalidad que son los tesoros públicos, como sucedió á este rey, y entrar en necesidad de inventar nuevas imposiciones para suplir esta falta. En los archivos de San Millan hay privilegios deste rey; mas cuánto crédito se les haya de dar, cada uno por sí mismo lo podrá juzgar. Allí se dice que tuvo un hermano llamado Gonzalo, y que junto con su madre doña Urraca, tuvo el reino de Aragon; lo que si fué verdad, ó aquel estado ó principado duró poco tiempo, ó por morir él sin hijos recayó el señorío en su hermano y descendientes.

Alegre D. Bermudo, rey de Leon, y ufano por el destroz que hizo de los moros, entró en pensamiento que si los cristianos, de cuyas discordias tantos males resultaban, se confederasen y juntasen en uno sus fuerzas, podrian aprovecharse de los moros y deshacer su poder. Despachó en este propósito sus embajadores al rey de Navarra y al conde de Castilla D. Garcia para amonestalles hiciesen liga con él. Deciales que debian moverse por el comun peligro de los cristianos, y si en particular tenían algunos desgustos, perdonallos por el bien de la patria; que con las armas comunes juntos todos vengasen y enfrenasen los intentos impíos de aquella bárbara gente. Á estas embajadas y justisimas demandas, fácilmente se

acordaron aquellos príncipes. Con esto, de todas las tres naciones formaron un ejército muy grueso. El rey de Navarra no se halló presente por estar ocupado, á lo que se entiende, en concertar las cosas de su nuevo reino. El rey D. Bermudo, dado que enfermó de gota, en una litera, y con él el conde D. Garcia, movieron contra los moros, de quien tenían aviso que con deseo de rehacerse del daño pasado levantaban nuevas gentes y eran salidos de Córdoba, y que talado que hobieron los campos de Galicia y saqueado los pueblos, revolvian hácia Castilla. Cerca de un pueblo llamado Calacanzor, situado en la frontera de Castilla y de Leon, se dieron vista y juntaron las huestes. Dióse la batalla, que fué muy reñida, hasta que cerró la noche: cayeron muchos de la una parte y de la otra sin quedar declarada la victoria; sólo por partirse los moros aquella noche á cencerros atapados dieron muestra que llevaron lo peor, y que fueron vencidos por el esfuerzo de los nuestros, especial que la partida fué á manera de huida, como se entendió por los despojos que dejaron en los reales, y cosas que por el camino con deseo de apresurarse arrojaban.

El pesar que deste reves recibió el Alhagib, general de los moros, fué tal, que de coraje se dice murió en el valle Begalcorax sin querer comer bocado; lo cual sucedió el año novecientos y noventa y ocho. Gobernó este capitán las cosas de los moros por espacio de veinticinco años por su rey, que vivía ocioso sin cuidar más que de sus deportes. Fué hombre animoso, enemigo del ocio; acometió las tierras de los cristianos cincuenta y dos veces, y muchas dellas quedó vencedor. El día mismo que en Calacanzor se dió la batalla, uno en traje de pescador, en Córdoba, á la ribera del Guadalquivir, con ser tan grande la distancia de los lugares, se dice que cantó en voz llorosa algunas veces en metros arábigos, otras en españolas. En Calacanzor Almanzor perdió el tambor; por donde sospecharon que el demonio en figura de hombre publicó la victoria, en especial que como pretendiesen los de Córdoba echarle mano, se desapareció y se les fué como sombra. El cuerpo del general difunto llevaron á Medinaceli.



Sucedió en el gobierno de aquel reino su hijo Abdelmelich el mismo año que murió su padre, que se contaba de los árabes trescientos y noventa y tres; tuvo aquel cargo y mando por espacio de seis años y ocho meses. Desde este tiempo el reino de los moros, que por esfuerzo de Mahomad se conservara (de tan grande momento es muchas veces una buena cabeza), comenzó manifestamente á declinar é ir de caída. Las discordias domésticas, peste de los grandes imperios y el poco gobierno fueron causa deste mal.

Abdelmelich, más amigo de ocio que de guerra, mostró no hacer caso de las semillas y principios de aquella discordia que debiera al momento atajar. Verdad es que luégo que murió su padre, acometió á hacer guerra á los cristianos, y puso grande espanto: mayormente en la ciudad de Leon todo lo que quedaba entero de la destruccion pasada ó de nuevo se reedificara, lo echó Abdelmelich por tierra y lo abatió. Tovavía los principios desta guerra fueron para los moros más alegres que el remate, porque açudió el conde D. García, y con su venida forzó los moros á volver las espaldas, y muertos muchos dellos, tornar en pequeño número á su tierra. La desconfianza y miedo que les entró despues deste daño, fué tan grande, que no trataron más de hacer guerra en tanto que Abdelmelich tuvo aquel cargo.

La alegría deste buen suceso no fué pura, ántes se agrió y destempló con la carestía de mantenimientos que causó la falta de las lluvias. Gudesteo, obispo de Oviedo, estaba preso por mandado del rey, iba en tres años. Acostumbraba este príncipe á dar oídos á los chismes de hombres malos. Esto se persuadia el pueblo era la causa del daño, y los hombres santos decian ser la hambre castigo del cielo por el agravio que se hacia al obispo inocente, y anunciaban que si no habia enmienda, se seguiria alguna grave peste. Temíase algun alboroto, porque la muchedumbre, cuando se mueve por escrupulo y opinion de religion,

más fácilmente obedece á los sacerdotes que á los reyes; fué, pues, Gudesteo sacado de la cárcel. Este mismo año, que se contó del nacimiento de Cristo, 999 y fué apretado por la dicha carestía grande y falta extraordinaria, se hizo tambien señalado por la muerte que sucedió en él del rey D. Bermudo. En un pueblo llamado Beritio falleció de los dolores de la gota que mucho tiempo le trabajaron. Fué sepultado en Villabuena ó Valbuena; dende pasados veintitres años le trasladaron á la iglesia de San Juan Bautista de la ciudad de Leon.

Tuvo dos mujeres llamadas, la una Velasquita, la otra Doña Elvira. Á la primera repudió, más por la libertad de aquellos tiempos que porque lo permitiese la ley cristiana; tuvo en ella una hija llamada Cristina. De Doña Elvira tuvo dos hijos, que fueron D. Alonso y Doña Teresa. Demas desto, de dos hermanas, con quien más mozo tuvo conversacion, dejó fuera de matrimonio á D. Ordoño y á Doña Elvira y á Doña Sancha. Cristina, la hija mayor del rey D. Bermudo, casó con otro D. Ordoño, llamado el Ciego, que era de sangre real. Deste matrimonio nacieron D. Alonso, D. Ordoño, D. Pelayo, y fuera destes Doña Aldonza, que casó con D. Pelayo, llamado el Diácono, nieto del rey D. Fruela II deste nombre, hijo de don Fruela, su hijo bastardo. De D. Pelayo y de Doña Aldonza nacieron Pedro, Ordoño, Pelayo, Nuño y Teresa; destes procedieron los condes de Carrion, varones señalados en la guerra de valor y de prudencia, como se declara en otro lugar. Volvamos á la razon de los tiempos. Pelagio Ovetense y D. Lucas de Tuy atribuyen á este rey D. Bermudo lo que arriba queda dicho de Ataulfo, obispo de Compostella, del toro feroz y bravo que soltaron contra él sin que le hiciese daño alguno. Nos damos más crédito en esta parte á la Historia Compostellana que dice lo que de suso relatamos; y es bastante muestra de estar mudados los tiempos en los que esto dicen, y del engaño no hallarse por estos años algun obispo de Compostella que se llamase Ataulfo.

CAPÍTULO XXVI

De D. Alonso el V, rey de Leon.

Ayos del rey D. Alonso en su menor edad, por mandado del rey D. Bermudo su padre, fueron Melendo Gonzalez, conde de Galicia, y su mujer llamada doña Mayor. Los mismos, por quedar D. Alonso de cinco años, gobernaron asimismo el reino con grande fidelidad y prudencia conforme á lo que dejó en su testamento el rey muerto mandado, en que vinieron todos los estados del reino. Llegado el nuevo rey á mayor edad, para que los ayos tuviesen más autoridad, y en recompensa de lo que en su crianza y en el gobierno del reino trabajaron, le casaron con una hija que tenían, llamada doña Elvira. Tuvo deste matrimonio dos hijos: D. Bermudo y doña Sancha. Reinó por espacio de veintinueve años. El segundo año de su reinado, que fué de Cristo el milésimo justamente, por muerte del rey de Navarra don Garci Sanchez, el Trémulo ó Temblador, sucedió en aquel estado un hijo que tenía en doña Jimena su mujer (no aciertan los que la llaman Elvira ó Constancia ó Estephania), por nombre D. Sancho. Este príncipe, en su menor edad, tuvo por maestro á Sancho, abad de San Salvador de Leyre, que le enseñó todo lo que un príncipe debe saber. y amaestró en todas buenas costumbres: reinó treinta y cuatro años: fué tan señalado en todo género de virtudes, que le dieron sobrenombre de Mayor, y alcanzó tan buena suerte, que todo lo que en Espa-

ña poseian los cristianos, casi lo redujo debajo de su imperio y mando; bien que no acertó ni fué buen consejo dividillo y repartiillo entre sus hijos, como lo hizo, menguando las fuerzas y majestad del reino.

Cuán quietos estaban los dos reinos cristianos por la buena maña de los que los gobernaban, no ménos se alteraron por este tiempo las armas de Castilla primero, despues las de los moros. Los unos y los otros, por las diferencias domésticas, se iban despeñando en su perdicion. D. Sancho García se apartó de la autoridad del conde Garci Fernandez su padre y de su obediencia: no se sabe por cuál causa, sino que nunca faltan, en las casas reales mayormente, hombres de dañada intencion, que con chismes y reportes encienden la llama de la discordia entre hijos y padres. Puede ser que D. Sancho, cansado de lo mucho que vivia su padre, acometió tan grave maldad, por serie cosa pesada esperar los pocos años que, conforme á la edad que tenia, le podrian quedar. Vinieron á las armas, y divididas las voluntades de los vasallos entre el padre y el hijo, las fuerzas de aquel estado se enflaquecieron: no estuvo esto encubierto á los moros, que la provincia estaba en armas, dividida la nobleza, alborotado el pueblo con sus valedores de la una y de la otra parte. Acordaron aprovecharse de la ocasion que la dicha discordia les presen-